

¿Quién debe pagar?

## Defensa del medio ambiente mundial

Lester Thurow

---

**L**a guerra del siglo XXI, de Lester Thurow, es un brillante análisis económico y político de la feroz batalla de predominio que está entablada entre Japón, los Estados Unidos y Europa, y cuyo desenlace presagia el autor con base en abundantes y sólidas consideraciones. El Sr. Thurow, que es el Decano de la Sloan Business School del Massachusetts Institute of Technology y miembro del Consejo Editorial del "The New York Times", aporta una audaz y justiciera doctrina sobre quién debe pagar los gastos de la conservación del medio ambiente en los países en desarrollo, cuando quiera que esta conservación afecte los medios de vida de las poblaciones pobres. Por este análisis y otros muchos sobre situaciones de vital interés y gran actualidad, no vacilamos en recomendar la lectura del libro del Sr. Thurow (Vergara Editor S.A., Bogotá)

— \* \* \* —

UNO DE LOS PRINCIPALES PROBLEMAS que requiere la acción cooperativa es la preservación y la mejoría del medio ambiente global. Cuando se diseñó la economía que siguió a la Segunda Guerra Mundial, el medio ambiente no era un problema. Pero en la actualidad es necesario crear instituciones que afronten los problemas globales del medio ambiente. Estas instituciones tienen que vincularse con las que promueven el crecimiento

económico, pues la contaminación y la preservación de las especies están inexorablemente relacionadas con el desarrollo económico. Están vinculadas porque los mercados no tienen en cuenta los costos de la contaminación ni asignar valor a la eliminación de las especies.

Para cada agente económico, el medio ambiente es un lugar donde es posible eliminar sin costo los desechos. La contaminación en la cual incurre un solo individuo no

II TRIMESTRE 1995

tiene un efecto visible sobre su propio medio ambiente. De ahí que todas las naciones tengan un mayor incentivo para contaminar que para incurrir en los costos de producir bienes o servicios sin contaminar. Pero si se suman los actos de todos los agentes individuales, cada acto de contaminación, en efecto, cuenta. El problema es diseñar una economía mundial en la cual los niveles de vida puedan crecer de prisa, pero no haya contaminación.

La preservación de las especies, por ejemplo el intento de salvar al búho manchado del noroeste del Pacífico en Estados Unidos, no se incluye en el cálculo económico de la explotación de la madera, a pesar de las protestas de los intereses madereros, pues hay un incentivo que lleva a todos a desentenderse y a permitir que otro se preocupe y pague por la diversidad biológica. Los que talan la madera de los árboles viejos saben que sus empleos corren peligro si se preservan los árboles en defensa del búho manchado. Nadie conoce el valor futuro de la diversidad biológica, y no hay un mercado donde pueda comprársela.

En principio, el medio ambiente es un lugar donde el economista profesional y los

habitación. El desagrado no es teórico. Los economistas no niegan la validez de las preocupaciones ambientales. Un medio ambiente limpio es uno de varios resultados económicos deseables. Los economistas hablan de la "internalización de las externalidades". Con esta frase aluden a una producción que debe organizarse de modo tal que quienes compran artículos se vean obligados a pagar el costo total de producir esos bienes con un método que no contamine el ambiente. En vista de lo que parece en teoría un acuerdo, ¿a qué responde la antipatía?

Si bien un medio ambiente limpio es un resultado económico deseable en la perspectiva de la teoría económica, es sólo uno de muchos resultados económicos deseables, y no tiene derecho especial a la prioridad. Otros resultados económicos pueden ser más valiosos que un medio ambiente limpio e incluso que valga la pena obtenerlos a costa de un medio ambiente más sucio. Esto es una conclusión de sentido común para los economistas, pero tiene el carácter de una herejía para los ecologistas.

Otra parte del problema tiene que ver con los diferentes

son bastante altos, no contaminará nada. Los estados en los que rigen leyes acerca de la acumulación de botellas no soportan el espectáculo de ver las botellas desechadas en sus parques y autopistas. Y a la inversa, los economistas no creen que las prohibiciones contra la contaminación sean más eficaces que las leyes destinadas a impedir que la gente bebiese alcohol (la "ley seca") durante la Prohibición. Los impuestos que gravan el alcohol pueden ser cobrados, pero la fórmula "No beberás" no es eficaz.

A menudo los ecologistas creen que los incentivos no son eficaces. Las corporaciones y los ricos sencillamente pagan y continúan contaminando. Y lo que es más importante, los ecologistas no están preocupados únicamente por la eficacia de las normas y los reglamentos ambientales que ahora rigen. Desean persuadir a otros de que se les unan políticamente. Con este fin, las leyes que determinan prohibiciones tienen importancia para consolidar las ideas y atraer seguidores. A muchos ecologistas puede convencerseles de que luchen por leyes que prohíban la contaminación oceánica; a pocos ecologistas puede persuadirse de

medio ambiente es una cuestión secundaria. Los ecologistas ven el mundo exactamente al revés. Un medio ambiente limpio es fundamental; los bienes y servicios constituyen un objetivo secundario.

Por ejemplo, los economistas ven la generación de electricidad como un resultado muy deseable, y observan que cualquiera que sea el modo de producirla, se originan ciertos problemas ambientales. Si se utiliza el carbón, el problema es la lluvia ácida y el relleno de los pozos mineros abiertos. Si es la energía nuclear, desemboca en los peligros de la radiación. Si es la energía hidráulica inunda los caminos y los valles. Si se utiliza petróleo o gas natural, está consumiéndose un recurso natural que tiene fin. Si se emplea la energía solar, se producen algunos desechos muy tóxicos (por ejemplo, arsénico) en el proceso de la fabricación de las células solares y además los recolectores solares tienen una tecnología intensiva en recursos, que exige enormes cantidades de espacio y de cobre. Todas las técnicas concebibles para la producción de electricidad originan desechos, y todas las técnicas que se pueden concebir matan gente, pero los beneficios

Creen que la conservación del medio ambiente puede conducir al empleo de menos electricidad sin una reducción perceptible de los niveles de vida. Pero para el economista tal cosa es imposible, a menos que la gente de hoy sea ineficiente y adopte una actitud irracional, una posibilidad que los ecologistas consideran posible y los economistas rechazan.

Desde el punto de vista de los ecologistas, los que sean perjudicados por los desechos tóxicos siempre deben ser compensados, incluso si los responsables no sabían en el momento dado que la sustancia era tóxica. Los economistas tienden a percibir las pérdidas del medio ambiente tan solo como uno de los tantos elementos casuales que reducen los ingresos personales. No hay nada especial en las pérdidas del medio ambiente.

La economía implica una actitud esencialmente previsor. Deben fijarse los precios de modo que la economía del futuro sea eficiente. Estos precios deberían incluir cargas que garanticen que la contaminación actual está controlada, pero no incluir cargas orientadas a corregir el pasado (es decir, no deben cobrarse impuestos para alimentar el fondo que limpie los antiguos depósitos de desechos tóxicos en los casos en los que los verdaderos responsables hace mucho que están muertos y ya no actúan). Pagar por los pecados de antes con los precios actuales equivale a deformar la eficacia y la

belleza del mecanismo de los precios.

A los ecologistas no los preocupa la belleza de una economía de mercado libre. Un medio ambiente verde vale más que el dinero verde. Cuando se llega al famoso resultado de las ganancias de las empresas (una excepción que les encanta a los economistas y que detestan los ecologistas), la probabilidad de que los economistas y los ecologistas firmen un tratado de paz es menor que la que se da en el caso de Israel y sus vecinos árabes. Pero deberían hacerlo.

Con los desastres ambientales posibles y los que ya existen (agujeros de la capa de ozono en la Antártida y ahora quizás en el Ártico, lluvia ácida en Nueva Inglaterra y Suecia, calentamiento global, la destrucción de las selvas tropicales) que, al parecer, nos rodean, vale la pena recordar que estas situaciones pueden revertirse si tenemos la voluntad de hacerlo. No vivimos en una tragedia griega del medio ambiente, donde el resultado está predeterminado, al margen de los actos de los protagonistas.

Hace poco estuve en Baltistan, una región del extremo norte de Pakistán, en la frontera con China. Reune algunas de las grandes montañas del mundo (incluso Godwin Austen —también conocida como K2— entre nosotros), y a menudo se dice de ella que es un desierto vertical. No crece vegetación en las montañas, excepto donde las riegan, usando

agua que proviene del deshielo de la nieve de las alturas. Estuve por primera vez en Baltistan en 1972. En ese momento los árboles eran tan escasos y muy separados unos de otros. Hacia 1989, uno observa un mundo muy distinto. En las capitales regionales como Skardu hay un océano verde. Crecen bosques donde nunca los hubo. En el límite de la ciudad se utiliza el riego para agrandar los bosques. En las aldeas más alejadas del camino, uno puede encontrar pequeños viveros donde se producen árboles para transplantarlos a otras áreas cuando tienen fuerza suficiente para sobrevivir. Estas parcelas a menudo tienen una cerradura en el portón de entrada, pese a que uno fácilmente puede traspasar los muros de barro que las rodea. La cerradura es sobre todo un símbolo del valor de lo que hay adentro, más que un verdadero impedimento destinado a quien quiera robar un arbolito.

Este cambio no sobrevino espontáneamente. Llegó porque los holandeses utilizaron el dinero destinado a la ayuda extranjera para ampliar las áreas que podían regarse, de modo que los agricultores pudieran plantar bosques sin necesidad de reducir el área que dedicaban a la producción de alimentos. Utilizando el dinero de la ayuda exterior, los holandeses lograron que plantar árboles fuese rentable. Los campesinos analfabetos pronto aprendieron que plantar árboles les permitía ganar dinero. Los holandeses bien pueden

enorgullecerse de las sumas gastadas con inteligencia. Baltistan sin duda está mejor, y en cierto aspecto también los holandeses están mejor. Cada árbol contribuye a purificar la atmósfera.

Las actividades de los holandeses indirectamente son causa de vergüenza para Estados Unidos. Hace unos años Estados Unidos encabezó esfuerzos para obtener que todos los países desarrollados del mundo se comprometiesen a entregar el 1 por ciento de su PNB con destino a la ayuda económica al extranjero. Los holandeses cumplieron su palabra. Estados Unidos no. Hoy la ayuda al exterior representa alrededor del 0,2 de su PNB, pero casi todo ese dinero va a Israel, Egipto, Turquía y Pakistán, donde de hecho forma parte de la ayuda militar. En un período bastante breve, Estados Unidos ha pasado de ser el más generoso de los países a ser el menos generoso. El modo en que a los norteamericanos les agrada verse a sí mismos (como generosos) es un reflejo del pasado, no del presente.

Pero si uno quiere ser obstinado, afronta un obstinado problema que exige solución. Las lluviosas selvas tropicales pueden producir la atmósfera que todos necesitamos para sobrevivir, pero para Brasil, Indonesia y China es económicamente racional talarlas. Nadie paga por el aire puro, pero la gente paga por las naranjas o la carne. Tienen todo el derecho del mundo a talar sus bosques y convertirlos en naranjales y tierras

de pastoreo con el fin de enriquecerse.

En definitiva, el mundo industrial rico tendrá que hacer lo que los holandeses hicieron en Baltistan y hacerlo en escala mucho más amplia en las áreas de la selva tropical. Los holandeses determinaron que para los baltistanos fuese más rentable plantar árboles que hacer otra cosa. La parte rica del mundo tendrá que pagar alquiler por las selvas lluviosas, de modo que el cultivo de las mismas se convierta en una actividad más rentable que la tala.

Los seres humanos no están acostumbrados a tener que pagar para conseguir un aire respirable y una atmósfera que les permita salir de sus casas sin enfermarse de cáncer de la piel; pero tendrán que aprender a hacerlo. Pagarán a los pobres con el fin de que planten árboles, no porque sean generosos, sino porque necesitan respirar aire puro.

El problema fundamental es el retraso temporal. Cuando algo como el aire pasa de la condición de un elemento gratis a la de algo costoso, nadie quiere afrontar esa realidad. Todos preferiríamos encontrar el modo de retornar a los buenos viejos tiempos, cuando no necesitábamos inquietarnos por el aire puro y no pagábamos por él. Pero la nostalgia resuelve pocos problemas. Si queremos aire puro de aquí a treinta años, es necesario plantar hoy esos árboles.

Un medio ambiente sano es un aspecto importante del nivel de vida material de un ser humano.

Sin embargo, se advierte cada vez más que un medio ambiente apropiado no puede obtenerse mediante los actos individuales de un país. El calentamiento global, el excesivo anhídrido carbónico en el medio ambiente, el agujero de la capa de ozono en la Antártida, y el exceso de fluorocarbono en la atmósfera, no son problemas que pueden ser controlados o remedios por un solo país. Será necesario idear soluciones cooperativas.

Si yo quiero menos combustible fósil y mi vecino no practica ningún tipo de conservación, incurro en lo que puede ser un costo muy elevado sin el beneficio correspondiente. Si se necesitan más árboles en las selvas del mundo para evitar que las temperaturas continúen elevándose, los árboles existirán sólo si alguien consigue que plantar árboles sea más rentable que talarlos. No es equitativo, ni eficiente, ni menos probable, que los dueños de las selvas puedan ser persuadidos para que voluntariamente (y gratis) mantengan al resto del mundo abastecido de suficientes eliminadores de anhídrido carbónico. Los que tienen un alto nivel de vida material tendrán que pagar si desean contar con un alto nivel de vida ambiental que acompañe a todo lo demás que ya tienen.

Como los brasileños lo explican cuando talan sus selvas, no están haciendo nada que no se haya hecho en Ohio 10 años antes. Por supuesto, la diferencia es que los árboles del bosque tropical

brasileño trabajan más y son mejores eliminadores de anhídrido carbónico que los árboles de Ohio, pues los brasileños tienen hojas doce meses al año. Si el mundo necesita árboles, es más eficiente utilizar parte del ingreso obtenido en Ohio para pagar el aumento del número de árboles en Brasil, que reconvertir a Ohio a la producción de árboles.

Esto podría hacerse fácilmente utilizando satélites para medir las hectáreas de selva en Brasil y después, pagar a ese país una renta anual por la selva, tan alta como para permitirle ganar más plantando árboles que cortándolos y criando ganado. Los sistemas como el alquiler de las selvas brasileñas exigen la presencia de organizaciones oficiales cooperativas. A causa de los problemas del "free-rider" (usuario gratuito), estas instituciones necesitan tener el poder necesario para recaudar los impuestos que permitirán preservar el medio ambiente global.

No será fácil resolver problemas como el calentamiento global, a causa de las largas secuelas que producen. (El anhídrido carbónico descargado hoy afectará a la atmósfera del mundo dentro de 50 años). Cuando sea absolutamente claro que hay un proceso de calentamiento global, será demasiado tarde para hacer nada al respecto. Al mismo tiempo, no tiene sentido trastornar los estilos de vida y gastar enormes sumas de dinero en un problema

inexistente. Estarán los que digan que hay que esperar, del mismo modo que habrá algunos que dirán que hay que actuar. La respuesta acertada es hacer las cosas que tienen sentido, al margen de que exista o no un problema ilimitado de calentamiento global a largo plazo. En Estados Unidos esto significa un elevado impuesto para la gasolina; algo que tiene lógica dado los problemas de la balanza de pagos y las inseguridades en el suministro extranjero de petróleo. Desde el punto de vista mundial, tiene sentido preservar las selvas.

En definitiva, un medio ambiente sano permite sostener a las poblaciones humanas. El uso de casi todo y la eliminación de casi todo es un fenómeno directamente proporcional a un número de personas que habitan el globo. ¿Cuántas personas pueden llevar cómodamente ese gran vehículo que es la tierra? La respuesta depende de las ideas de los estilos de vida óptimos.

Si la población mundial tuviese la productividad de los suizos, los hábitos de consumo de los chinos, los instintos igualitarios de los suecos y la disciplina social de los japoneses, el planeta podría sostener muchas veces su población actual sin contaminación excesiva y sin privaciones para nadie. En cambio, si la población mundial tuviese la productividad de Chad, los hábitos de consumo de Estados Unidos, los instintos igualitarios de la India y la disciplina social de Yugoslavia, el

planeta no podría sostener ni siquiera una cifra cercana a la actual. Por desgracia, la mayoría de los seres humanos parece corresponder a la categoría Estados Unidos-Chad-Yugoslavia.

La interacción entre el número de personas que un área dada puede soportar y los estilos de vida esperados puede verse en lo que se denominó a principios de la década de 1960 el problema de la "dieta mínima" ¿Cuál era la suma de dinero mínima que un norteamericano adulto necesitaba para adquirir una dieta equilibrada correspondiente a un año? En cierto modo, con relativa sorpresa, los economistas descubrieron que era posible adquirir una dieta equilibrada por lo que era entonces la suma de 79 dólares anuales y que hoy representaría 283 dólares. Sin embargo, la dieta consistía en comidas que dependían sobre todo de habas y tocino, con suficiente zumo de naranja e hígado para suministrar los minerales, las vitaminas y las proteínas que faltaban en las habas y el tocino. Y si uno estaba dispuesto a ingerir plantas nutritivas, pero no consumidas normalmente, por ejemplo, los dientes de león, podía obtenerse una dieta mínima incluso por menos. Se realizaron estudios similares sobre el calor y el espacio. Los esquimales nos proporcionaron la prueba concreta de que en realidad no son necesarias grandes proporciones de las dos cosas. Si la gente estuviera dispuesta a vivir de la forma más

barata que permita una expectativa de vida normal, no necesitaría mucho en términos de bienes y servicios y la capacidad de sostén de la tierra sería enorme.

Sin embargo, el problema no consiste en determinar qué es factible económicamente, sino qué es socialmente aceptable. ¿La mayoría de la gente está dispuesta a aceptar los supuestos que están detrás del problema de la dieta mínima, a saber, que nadie debe tener nada por encima y más allá de lo que necesita para llevar una vida sana? La respuesta sin duda es negativa, y esa falta de disposición es el límite real en la población mundial. Para mejorar su estilo de vida, los que "tienen" están dispuestos a observar cómo se abstienen "los que no tienen".

Por supuesto, estas actitudes pueden cambiar. Las ideas acerca de lo que es aceptable dependen de las circunstancias y cambian lentamente en el curso del tiempo, de acuerdo con la densidad demográfica. Por ejemplo, los japoneses viven en apartamentos atestados que a juicio de los norteamericanos son angustiosamente pequeños. Al ver cómo vive el resto del mundo rico, el descontento se está acentuando en Japón, pero por lo menos hasta hace poco los japoneses estaban socializados de modo que aceptaran las viviendas muy pequeñas. Pero no llegaron rápidamente a ese estilo de vida "amontonada". Esta forma se desarrolló lentamente en el curso de los siglos como consecuencia de

la necesidad en un país cuya población ha llegado a ser cinco veces la de California en un área más o menos de la misma extensión. Si la población californiana aumentase lentamente hasta quintuplicarse, el estilo de vida aceptable en California también variaría. Los jardines y las piscinas de natación privadas desaparecerían. Sin embargo, los japoneses tienen un nivel de vida alto. Sucede simplemente que es muy distinto del nivel de vida norteamericano. Con un alto grado de disciplina y organización social, el mundo podría adaptarse a casi cualquier población, con la única condición de que esta crezca con suficiente lentitud.

En términos realistas, una población mundial que crece lentamente, es necesaria en beneficio del desarrollo económico y del medio ambiente. Ni el crecimiento económico ni la disciplina social pueden salvaguardarse con un rápido crecimiento demográfico. El problema es cómo llegar de este punto al otro.

Cuanto más rico es el país, más lenta es la tasa de crecimiento demográfico. La mayoría de los países de Europa y Japón tienen tasas de crecimiento que son inferiores a las necesarias para mantener una población constante. Los que más pueden darse el lujo de tener hijos son quienes de hecho tienen menos. Lo que a simple vista parece una paradoja, no lo es. En los países ricos los padres comprenden que si desean tener un

nivel de vida de alto consumo y quieren dar a sus hijos un estilo de vida por lo menos tan alto como el que ellos poseen, no pueden permitirse tener muchos hijos. En los países pobres los hijos no son la misma carga, pues nadie proyecta realizar inversiones necesarias para enriquecerse. Pero como no se realizan estas inversiones, sucede que no existe la posibilidad de que los hijos de esta gente vivan en un país rico.

En los países rurales pobres durante la siembra y la cosecha los niños son seres productivos a edad mucho más temprana que en el mundo industrial. Lo que es más importante, en estos países los niños son el sistema de jubilaciones de la ancianidad. Hace dos décadas, cuando yo trabajaba en Pakistán, un campesino me explicó por qué necesitaba tener 17 hijos. En primer lugar, de hecho tendría solo 9, pues 8 morirían antes que él. Segundo, en realidad, sólo tendría 3, pues otros 6 serían demasiado pobres para cuidarle en su ancianidad. Tercero, en realidad tendría uno solo, pues dos de los que dispusieran de bienestar suficiente para cuidarle serían mezquinos y egoístas y rehusarían hacerse cargo. En consecuencia, si no deseaba pasar hambre en su ancianidad, necesitaba por lo menos 17 hijos.

Aunque las poblaciones no aumentan rápido en el Primer y el Segundo Mundo, el rápido crecimiento demográfico en el Tercer Mundo origina un problema

en el Primero. La producción de electricidad en China mediante la combustión de lignito puede convertir a Tokio en un mar de lluvia ácida. Con los transportes modernos, también es evidente que gran parte del Primer Mundo ha perdido el control de sus fronteras. Donde hay enormes diferencias de ingresos entre regiones contiguas (Estados Unidos/ México, Europa meridional/Africa septentrional), los seres humanos encuentran algún modo de trasladarse. Si un país desea continuar siendo miembro del Primer Mundo, no tiene más alternativa que realizar las inversiones necesarias en estos nuevos inmigrantes y en sus hijos. Pero esta actitud deteriora el nivel de vida de los que ya viven en el país, exactamente como si ellos mismos tuviesen más hijos.

Los extranjeros ricos no pueden obligar a los nativos pobres a tener más familias más pequeñas. Pero los extranjeros ricos pueden concentrar la ayuda económica donde esta puede ser más útil. Ayudar a los países de rápido crecimiento demográfico es malgastar el tiempo. Nunca pueden elevar el nivel de vida, por mucho que se esfuercen o por mucho que se les ayude. La ayuda económica exterior debe concentrarse en los países subdesarrollados con tasas de crecimiento demográfico más lento o donde se realizan grandes esfuerzos por producirlas. Proceder de otro modo es malgastar los limitados recursos en una tarea sin esperanza. Lo que Alemania, Japón y Estados Unidos no pueden lograr —enriquecerse mientras sus poblaciones crecen de prisa— no puede ser hecho por otros.☹